

Solo don Quijote montaba en su moto, Rocinante, como él sabía. Con su chupa de cuero como armadura, su tatuaje con forma de molino de viento y con su fiel compañero Sancho Panza, acompañándolo.

Se podría decir que era el mejor “motorista andante” que podías encontrar, o así lo explicaba él en su Instagram (@don\_quijote\_el\_motorista\_).

Era feliz recorriendo las calles con su Harley intentando enseñarle a Sancho a usar Facebook o hablando con su sobrina por Whatsapp.

Pero lo que más le gustaba a don Quijote era luchar contra malvados brujos disfrazados de policías o arremeter contra los gigantes que se tragaban personas, hasta que su mayor enemigo, el hechicero llamado “La Ley”, mandaba a sus secuaces a llevarlo prisionero, encerrado en una celda, de la que solo podía escapar si Sancho le entregaba a un brujo de rango superior unos billetes. Sin embargo, don Quijote nunca había tenido que luchar contra la bestia más terrorífica de todas, hasta un día de verano cualquiera.

Iba este motorista por la carretera, de camino a la tienda, para comprarse un Iphone 8, cuando le pareció ver a un ogro en una esquina. Guiado por su instinto, don Quijote siguió a la criatura. Pudo pasar una media hora hasta que la criatura de horribles rasgos llegó a su destino.

En cuanto el ogro hubo entrado en el edificio, don Quijote lo siguió y, aunque no contaba con la ayuda de Sancho (este había tenido que ir a casa de su tío medio orco), se sentía valiente, como si nada pudiera pararlo. Y allí estaba nuestro héroe, a punto de descubrir las fechorías del ogro.

Don Quijote se acercó a una habitación en la que se escuchaba el llanto de una princesa. Se acercó y pudo ver completamente la horripilante alma de un chico, en forma de monstruo. Era enorme, feo como él solo, con un gran hueco negro donde debería estar su corazón. Tenía tatuado en su pecho descubierto las palabras: “Eres mía, yo te controlo”. Don Quijote jamás había visto algo tan espantoso. El motorista actuó rápido y liberó a la princesa de las garras del ogro que, una vez, se le presentó como príncipe.

Desde aquel entonces, ambos, don Quijote y la princesa, luchan por erradicar a esta especie: don Quijote, a su extravagante manera y la princesa haciéndose “youtuber”.

Daniela Acebedo Torrego

*En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor.*

Miguel Sánchez Pena leyó aquel maravilloso párrafo por milésima vez en su vida. Se podría decir que Miguel era todo un fanático de *Don Quijote de la Mancha*, el libro de Miguel de Cervantes tan afamado que vio la luz en 1605 (primera parte) y 1615 (segunda parte). Miguel disfrutaba de ese libro con cada palabra y, no solo por su peculiar apellido, sino también porque ese libro le fascinaba. A sus 23 años, ya se había leído el libro por lo menos 30 veces. Se le había presentado a la tierna edad de 13 años y, al contrario del resto de la clase, le fascinó. Pero no estamos aquí para hablar de su admiración por la gran obra de Miguel de Cervantes, sino de la historia por la cual conoció a su gran héroe.

Un día, nuestro protagonista, Miguel, se despertó como siempre: con ganas de comerse el mundo. Ese día era, exactamente, el día en que se cumplían 401 años de la muerte de Cervantes. Después de prepararse para salir, se hizo un poco de bálsamo de Fierabrás porque, aunque parezca raro, siempre salía con un poco por si acaso. Dispuesto a ir por las calles de Madrid, pasó por delante del cementerio de la Almudena, cuando, de repente, Miguel sintió algo raro, que lo atraía. Estuvo un rato pensando si adentrarse en el cementerio o no. Al final, entró, fue buscando lo que lo había atraído hasta que llegó a ello. Llegó a una tumba que parecía igual que las demás, pero el nombre que aparecía escrito en ella no podía ser real. Excepto por ser más vieja y polvorienta en apariencia exterior, era exactamente igual que las demás tumbas. En ella, estaba escrito el nombre de Alonso Quijano. Miguel, completamente sorprendido al ver esto, empezó a pensar: “Si el bálsamo de Fierabrás lo cura todo, ¿salvaría a don Quijote de su descanso eterno?” De esta manera fue que Miguel echó el bálsamo sobre la tumba del Quijote y, aunque en un principio no pasó nada, a los cinco minutos exactos se abrió un rayo de sol en el medio de aquel nublado día de Madrid, un rayo que apuntaba a la susodicha tumba. De repente, la tumba empezó a moverse hasta abrirse y enseñar lo que tenía en su interior.

Ahí dentro estaba, vivo y coleando, don Quijote. Era exactamente como Miguel se lo había imaginado: alto y delgado a más no poder, con su característica barba triangular de color grisáceo, como su pelo. Iba vestido con una armadura de hierro que debía de tener, por lo menos, 500 años, y llevaba una espada larga y afilada que, según decía el cuento, pertenecía a su bisabuelo.

- Perdone, ¿qué hago yo por estos lares? Y sobre todo, ¿quién es usted? – dijo Alonso con tono cortés.

- Buenos días, señor Quijote, está usted en el Madrid que llaman “futuro” – contestó Miguel.

- ¿Y por qué estoy aquí y no con mi amada Dulcinea?

- Yo lo he resucitado con el bálsamo de Fierabrás.

- Entonces, ¿en qué año estamos, buen hombre?

- En el 2017.

- Genial, genial. – Hizo una pausa breve. – Bueno, pues yo me marcho en busca de gigantes. – Se fue andando tranquilamente, buscando la salida del cementerio.

- Espere, no puede marcharse, no conoce esta ciudad y, además, en estos tiempos no vestimos así.

- Vale – lo miró de arriba abajo – lo acompañaré.

- Sígame entonces.

Miguel y don Quijote anduvieron por las calles de Madrid hasta que se detuvieron para coger un autobús. Cuando este llegó, subieron y se sentaron.

- ¿Qué es esta máquina del diablo? ¿Cómo se mueve sola? ¿Dónde están los caballos? – Creo que ya sabéis quién lo dijo.

- Tranquilo, es solo un autobús.

Cuando llegaron a la casa de Miguel, le dio a don Quijote ropa más moderna y una chupa de cuero. Cuando se cambió, bajaron al garaje, donde Miguel tenía sus dos Harleys. Le enseñó a conducir la moto porque, por raro que pareciera, don Quijote tenía carné de conducir. Salieron a la calle y pararon en un restaurante. Pidieron dos cafés y don Quijote le dijo a Miguel:

- ¿Te puedo llamar Sancho Panza?

- De acuerdo – contestó Miguel.

Así que don Quijote y Sancho Panza salieron en busca de aventuras. Pero no eran las aventuras que ellos esperaban.

Al salir de la calle, se encontraron con un grupo de chicos que rodeaba a una chica y soltaba groserías que no voy a poner por respeto a los lectores. Don Quijote, que había escuchado toda la conversación, se acercó a ellos.

- ¡Parad de ofender a esa bella princesa! – dijo don Quijote.

- ¿Qué dices, viejo? ¡Déjanos en paz! – dijo uno del grupo.

Don Quijote sacó su espada y el grupo salió corriendo.

- Muchas gracias, aunque no hacía falta que sacaras la espada – dijo la chica.

Así, don Quijote y Sancho cumplieron la primera hazaña del día.

Nuestros héroes se fueron a su casa, pero, en el portal, se encontraron con otro caso de violencia machista. Dentro del edificio, estaba el vecino del cuarto pegándole brutalmente a su mujer. Así que don Quijote se puso en marcha: sacó su espada y fue al ataque. Al cabo de un rato, logró soltar a la chica y, mientras intentaba tumbar al agresor, Sancho llamó a la policía y a la ambulancia. Y estas, por desgracia, solo fueron unas de las muchas aventuras que tuvieron nuestros amigos.

De repente, sonó el despertador. Miguel se despertó y se dio cuenta de que nada de eso había pasado.

Pero la violencia de género sí que existe y hay que ayudar a combatirla. Porque todos somos personas y debemos recibir el mismo respeto, seamos como seamos, sin depender del sexo, peso, orientación sexual, raza o edad.

Nicolás Acebedo Torrego

Allá por Castilla la Mancha, dos auténticos caballeros llamados don Quijote y Sancho Panza recorren en sus motos las carreteras, en busca de un nuevo reto: acabar con un suceso cada vez más común en esta sociedad, llamado “la violencia de género”.

Estaban nuestros dos caballeros en un área de servicio tomando un café y charlando con la camarera cuando, de repente, oyen unos gritos que, al parecer, venían de un coche que se encontraba aparcado a las afueras del área. Sin pensarlo dos veces, salen para poder ayudar, pero cuando llegan al aparcamiento, el coche se pone en marcha y ellos no pueden saber qué era lo que pasaba. Sin pensarlo, se montan en las motos y salen detrás del coche para poder investigar qué era lo que estaba ocurriendo. Logran alcanzarlo y resultó que era un vecino de su calle que estaba insultando y pegando a su novia. Don Quijote y Sancho Panza lo cogieron, lo ataron a sus motos y se lo llevaron a la comisaría de la Policía.

Y, desde que pasó este suceso, don Quijote y Sancho Panza solo se dedican a proteger a las mujeres que sufren violencia de género.

Jacobo Lurigados Veiga

Iban don Quijote y Sancho Panza de paseo por la costa lucense, montados en su moto y disfrutando de un día agradable.

Don Quijote iba pensando en el nuevo monstruo del cual le habían llegado rumores; no sabía muy bien cómo enfrentarse a él, pero algo planearía.

Cuando, de repente, vio a una chica tumbada al lado de un árbol. En su opinión, era el monstruo llamado “violencia contra las mujeres” el que la había atacado. Sacó su espada y, montado en su moto, se enfrentó al monstruo, se abalanzó sobre él a todo velocidad y... ¡plum! Quedó clavado en el árbol. Sancho, temiendo lo peor, corrió hacia su amo y lo desclavó. Se acercó a la chica y vio que no tenía ningún golpe; simplemente, se había mareado por el calor que hacía.

Una vez más, la imaginación de don Quijote le había jugado una mala pasada. Pero él se dijo a sí mismo que seguiría buscando a ese temido monstruo, ya que estaba convencido de que existía.

Noelia Seco García